

LA RAZÓN Y LAS CARRETAS

SEMANARIO FESTIVO
 DECAÑO DE LOS PERIÓDICOS ILUSTRADOS
 Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

**AÑO III
 Nº 150
 Febrero 7 de 1897**

PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva-
 lente, con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZÓN; CERRO, 57



Aprieta, Monsieur, aprieta,
 que á estos quiero dar razón
 de lo que en su tierra cuesta
 la libertad de reunión.

Se han creído los generales
 que son precisos ¡Pues no!...
 aunque sean cien, los amarro;
 quedamos Barriola y yo.

SUMARIO

TEXTO—«Zig-Zag», por Arturo Giménez Pastor.—«En-
gañado!», por Porto, carrero.—«Para Ellas», por Mi-
riam.—«Luz y Sombra», por N. Alonso Cortés.—
«Cabos sueltos», por A. E.—«Apuntes trunco para
una biografía», por Gonzaga Bompard.—«Teatros»,
por Re-Bemol.—«Menudencias», por Kiel.—«Corres-
pondencia particular», «Nita», Novela romántica,
por Miriam.]

GRABADOS.—«La fortaleza de don Juan (Prisioneros de
paz)», «Perdono á tutti», por Wimplaine II.—«Ca-
zando á la espera», por Cilla, y varios intercalados
en el texto, por Aurelio Giménez.



—«¡No hay leva!—grita el Gobierno.—
Impera la libertad,
y, ó ha de triunfar la verdad,
ó este país es un infierno.

En la campaña oriental
es libre quien serlo quiere,
y quien lo opuesto asevere
miente de un modo inmoral »

En tanto, ¡hay casualidades!...
avisa á los emigrados
que pueden volver confiados
á sus pagos orientales.

Mientras anuncia la prensa
que por fundadas razones,
dos nutridos batallones
en organizar se piensa.

Y visto que se van todos
por no entrar en los cuarteles,
á caballo, y en bajeles,
y á nado y de todos modos,

y desde que levas no hay
(el Gobierno lo asegura
y ha de ser la verdad pura)
desde aquí hasta el Uruguay,

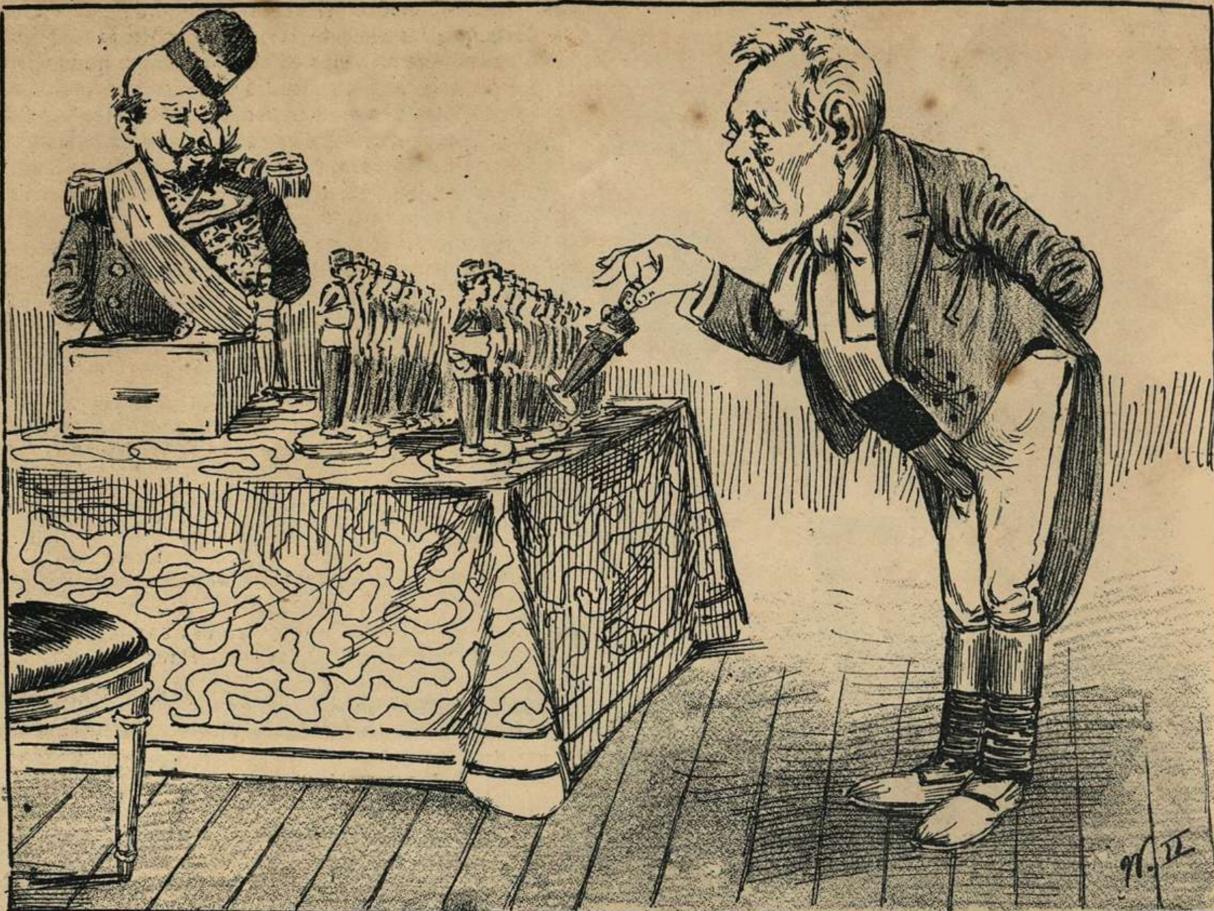
á cualquiera preguntar
le ocurre, aún sin ser curioso,
—Pero, Señor poderoso,
¿con qué los van á formar?

Y una de tres: ó es que miente
el Gobierno y en campaña
ejercita cruel su saña
la leva en la pobre gente,

ó confía en la inocencia
de los que *yacen* ausentes
y que vuelvan obedientes
de sus frases en la creencia,

¿ó si al fin de juicio fuera
á falta de mocetones,
formará esos batallones
con soldados de madera?

Que, á la verdad, si hubiéramos progre-
sado lo bastante, serían los mejores y únicos
para formar batallones en esta tierra; por-



que los de carne y hueso, ó aún los de hue-
so sólo, que hay muchos así, ya no aguan-
tan.

Y por eso es que la gente les ha tomado
tanto miedo; que en oyendo hablar de bata-
llones no hay disparate que no se diga, de
puro pavor.

El otro día, sin ir más lejos, decía reso-
plando un señor que toca el contrabajo, aun-
que digiere bien, comentando esta noticia de
la creación de dos batallones con trescientas
plazas cada uno:

—¿Trescientas plazas? Pero, por las once
mil vírgenes! ¿A dónde vamos? Nadie ha he-
cho lo que este Gobierno! Hasta las plazas
va á meter en los batallones!

El uruguayo broquel,
hermoso entre los broqueles
simboliza en sus cuarteles,
á la verdad poco fiel,
la independenciam en aquel
potro que orgulloso avanza;
la justicia en la balanza;
la fuerza en la fortaleza,
y en la vaca la riqueza
y en las armas la pujanza,

Y don Juan sin vacilar,
cual ninguno corajudo,
como al país, dejó el escudo
sin riqueza que ostentar,
sin justicia á quien clamar,
sin libertad, ni orientales.
Y porque fueran iguales
su poder y su fiereza,
conservó la fortaleza...
para encerrar Generales.

Ni más ni menos; ya tenemos los tres ge-
nerales encerrados, lo cual indica que lo que
es á S. E. don Juan Idiarte Borda no le fal-
tan ni resolución ni fortaleza, mientras ten-
ga la del Cerro. por lo menos.

Esto sin perjuicio de la originalidad; por-
que convengamos en que es una originalidad
del señor Idiarte Borda esto de que en tiem-
po de guerra haga prisioneros civiles, ence-
rrando á los paisanos prófugos, y en tiempo
de paz haga prisioneros militares, encerrando
á los generales colorados.

Pero son cosas traídas por la reunión de
Cibils, y por ser en Cibils la reunión, como
decía una señora cuyo marido es dado á po-
litiquear:

—Lo malo fué hacer la Asamblea en ese
teatro. Como ellos son militares y el teatro
es *Cibil*...

Lo cierto es que el hecho ha dado que ha-
blar y no hay quien no discuta la legalidad
del procedimiento.

Según unos, á los militares en actividad no
se les puede prohibir la política, á lo que ar-
guyen los otros que los aprehendidos están
en situación de cuartel, y estos que sí, y
los otros que no.

—Aunque á mí me parece que la cosa es
clara, decía uno en un café. Si no estaban
en situación de cuartel, ya los han puesto
en situación de cuartel y negocio concluido.

—¿Cómo?

—Metiéndolos en el cuartel.

Claro que estas cosas cada cual las juzga á
su modo y según sus alcances y su gramá-
tica.

Dos conozco que leyendo la noticia en el
diario decían:

—Anda! Dice aquí que han aprehendido á
los generales. ¿Para qué los habrán apre-
hendido?

—Pues... será *pa* que aprendan.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

¡Engañado!

Mi débil acento escucha
Niña de blondos cabellos,
Tú, que tu frente refleja
La pureza de los cielos;
Tú la de mirar ardiente,
Tú, la de cutis moreno,
La de cuello alabastrino,
Terso y blanco como el hielo,
Mi débil acento escucha
Niña de blondos cabellos.

Soy yo niña quien te habla
A quien amor has jurado
Para ingrata despreciarme
Después de haberme engañado,
Después de mentir pasiones!
¿Para qué te habré hecho caso?
¿Para qué habré descendido
Hasta ese nivel tan bajo?
Sigue, pues, fregando pisos
Que yo seguiré en mi carro
Guiando á mis dos amigos
Mejores, mis dos caballos.

PORTO, CARRERO.

Montevideo, Febrero 4 de 1897.





PARA

ELLA

El Paso del Molino se ha vuelto una sucursal del infierno. Hombres, mujeres y niños, golpeando latas vacías, ó armados de campanas, pitos, cohetes y bombas, tirando tiros, gritando como salvajes, arman una algarabía indescriptible.

El enemigo está dentro. La langosta, bicho repugnante, todo lo devora, los árboles, las plantas, las flores, tan frescas y tan verdes después de la lluvia, tienen ahora un color gris con tinte rojizo: están cubiertas de una espesa capa de ortópteros. Al acercarse á los árboles se oye un ruido particular, como de papel estrujado; son las aceradas mandíbulas del voraz insecto que devora, devora sin cesar, las hojas, las ramas, hasta la corteza de los troncos. Es una pena. Ya no hay flores; no hay una planta que no esté desfigurada, hecha pedazos, con sus ramas despojadas batiendo el aire, como brazos desesperados pidiendo socorro.

Y el ruido de tachos y campanas, y gritos, continúa ensordecedor, exasperante, batiendo el timpano, poniéndole á uno los nervios de punta, con su monótona persistencia. Los pájaros asustados con el inusitado ruido abandonan sus nidos con pequeños gritos de angustia. Ya no se oye el quejido tan tierno de las tórtolas, ni el armonioso gorjeo de las ratoneras, ni el alegre piar del chingolo, ni el áspero grasnido del pirincho. Toda la grey alada está muda, asustada, huyendo de la algarabía.

En su ciego terror los pajaritos no vén las ramas de los árboles y se estrellan sobre ellas exalando un quejido. Es un desbande general. Adios encanto de la caída de las tardes, rumores de hojas, perfumes de flores, armonías. Adios poesía. Los pájaros se la llevan, esos que se ván volando hácia otras regiones donde los hombres no turben sus amores.

A la verdad que esta invasion de bichos me ha puesto triste y mal humorada. Como para escribir algo ameno é interesante, dirán ustedes, queridas lectoras y con razon. Estoy segura que mi señor director vá á poner cara fea cuando esto vea: pero ¿que le voy á hacer? La culpa la tiene la langosta. Y lo peor es que no estoy como para recibir reconvenções: sería capaz de contestar malamente. Como contestó á un empleado de Ferro Carril un señor muy mal humorado que subió á un vagon donde estaba prohibido fumar.

El empleado al ver que el referido pasajero llevaba con toda tranquilidad una gran pipa en la boca, le dijo laconicamente:—Está prohibido fumar.

—Yo no fumo, contestó el otro, señalando la pipa apagada.

—Tiene usted una pipa en la boca, insistió el empleado.

—Tambien tengo los piés en los botines, y no camino, replicó ágricamente el buen señor.

¡Ay, quien tuviera paciencia! Pero vaya uno á dominar sus nervios, y á pensar antes de hablar! Quien de ustedes, lectoras amigas, detiene su lengua á con-

testar mansedumbre, si se cree ofendida por alguna alusion, que las más de las veces no le es dirigida? Lo primero que hacemos es contestar algo que levante roncha, y le dé á nuestro adversario bien en la matadura, (y perdonen si hago uso del dicho criollo, que aunque es un poco. irracional, es muy gráfico.

¡Dar en la matadura! Pero si es cosa que hacemos todos, todos los días. Diganme qué han hecho los prohombres del Partido Colorado estos últimos días con sus patrióticos discursos y su actitud decidida; qué ha hecho el pueblo con su adhesión espontánea; que ha hecho el venerable anciano, personificación de la virtud y de la honradez, (ó rara avis!) sinó dar y duro, en la matadura de. no lo digo. No lo digo, no señor, se quedarán ustedes con las ganas. Y háganme ustedes el favor de no hablar de política que es malsano é impropio de personas aseadas.

**

Y para echar mano de cosas limpias, les voy á contar una espiritual ocurrencia del Papa Pio IX.

Al escritor francés Hector Malot, liberal y anticatólico, se le ocurrió en un viage que hizo á Roma pedir á la Embajada Francesa en esa capital, le proporcionara una entrevista con el Papa que lo era entonces Pio IX.

Este con la bondadosa condescendencia que lo caracterizaba, consintió en recibirlo.

Llegado el día, Malot se presentó en el salon de recepcion. Habia mucha gente. El Papa recorria lentamente la fila de agraciados que recibian con recojimiento la augusta bendición y las breves palabras que les dirijia. Al llegar cerca de Malot el Monsignor que lo precedia, tomando la carta de audiencia que este le presentaba, leyó en alta voz:

—El Señor Hector Malot, presentado por la Embajada Francesa.

El Papa se detuvo y miró fijamente al escritor.

—¿Qué quiere usted de mí? le dijo.

Malot que no esperaba esta pregunta, se turbó; y después de una larga pausa contestó:

—Quería presentar mis respetos á Su Santidad.

—Es necesario que me pida usted algo, dijo el Papa.

Malot callaba; bien sabia lo que Pio IX queria decir, pero ¿cómo podía pedirle una bendición que sus ideas rechazaban? Y sin embargo no queria ofender al augusto anciano.

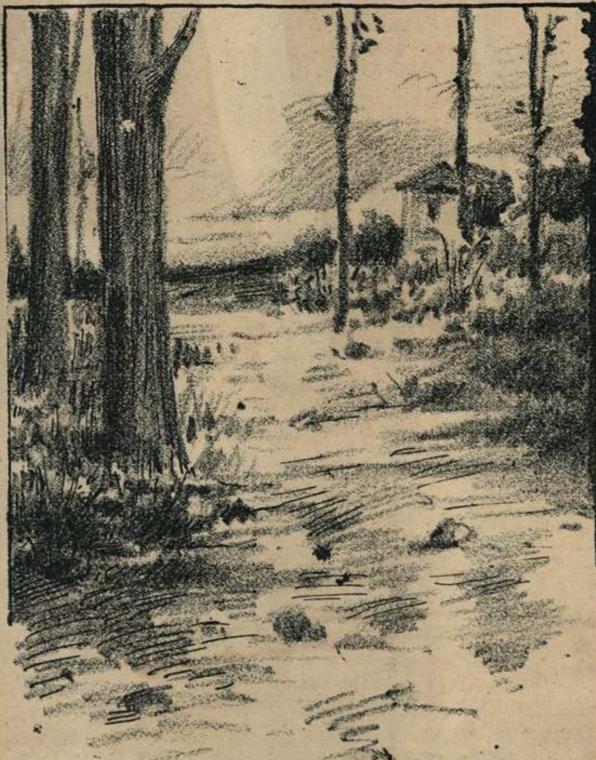
Pio IX que seguia mirando al escritor, viéndole tan turbado sonrió, y poniéndole la mano en la frente:

—Pues bien, dijo,—aunque no me la pida se lo doy.

—¿No les parece á ustedes adorable?

Y basta por hoy, que como les dije ya, no estoy como para escribir nada digno de ustedes.

MIRIAM.



Luz y sombra

¿Qué vimos? Sombra en el cielo y en nuestra conciencia sombra.

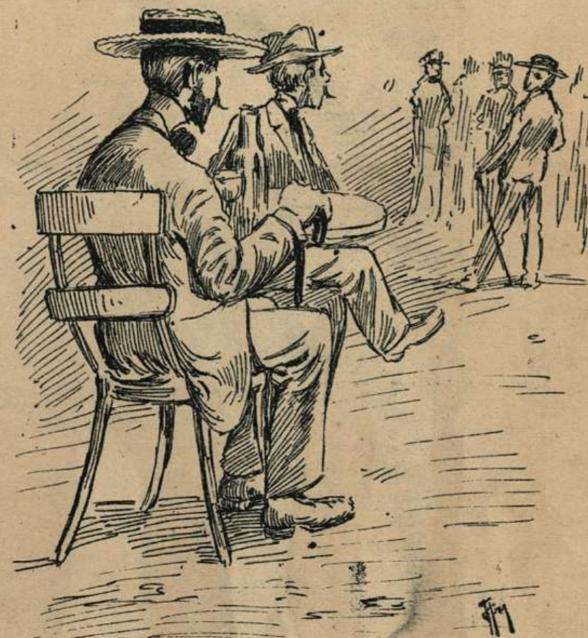
Núñez de Arce.

Yo te amaba, tú lo mismo; pero sin saberlo apenas, no salió de nuestros labios de nuestro amor la prueba. Tú, acaso, al ver mi silencio, dudabas que te quisiera,

y yo creía imposible encontrar correspondencia. Solos los dos aquel día marchábamos por la selva, cambiando mútuas miradas que formaban un poema. De repente, nuestros labios, acaso sin darnos cuenta se unieron, y sonó un beso, pero lleno de pureza. De nuestro amor, aquel beso fué la noticia primera, revelación inconsciente de nuestra pasión inmensa; y al saber que nos amábamos y al mirar la pasión nuestra, fuimos, sin duda, los séres más dichosos de la tierra, Y cuando, al caer la tarde, volvíamos á la aldea, vimos, sí, sombra en el cielo, más luz en nuestra conciencia.

N. ALONSO CORTÉS.

CABOS SUELTOS



La otra noche, un mozo meritorio de peluquería, hablando con su amiga íntima Rosa Perez sobre cuestiones de arte, le decía:

—Lo que tengo ganas de ver, es el cuadro de Blanes que representa «La conquista del desierto».

—Pues sabes que el asunto del cuadro es algo raro, le contestó ella; parece mentira, que haya gente que se ocupe en conquistar desiertos.

—Pues eso á mi no me extraña nada; estoy oyendo decir todos los días, que nuestra campaña es un desierto y que los jefes políticos se conquistan de tal modo la voluntad de los paisanos, que no hay uno que no se presente voluntariamente á servir con ellos. ¿Quieres tu mas clara la conquista de un desierto?

—¿Y la obra es muy notable?

—Figúrate si será notable cuando el gobierno argentino vá á pagar por ella treinta y cinco mil pesos.

—Pues eso no es justo, cuanto más notable sea el cuadro menos debe pagarse por él; bastante tiene el autor con la gloria que se echa encima y que además le echen los pesos; tú comprendes que eso carga.

—Más cargado está Barriola con los laureles que lleva desde sus recientes triunfos y muy contento que se encuentra.

—Sí, pero no es esa la cuestión; ó la gloria ó los pesos; yo no le daba las dos cosas.

—Pero ¿qué quieres que hagan? los pesos tienen que dárselos porque con eso vive.

—Bueno pues entonces que le quiten la gloria.

◆◆

Le dicen á Rosalía Que de caminar se enferma, Y ella les afirma á todos Que tiene muy buena pierna.

◆◆

PERDON A TUTTI

Caras y Caretas



Porque quiero, porque sí
y porque me da la gana
los perdono esta mañana.
Yo procedo siempre así.

me los piden, me empaco;
me imponen me enfurezco,
así si callan me engrandezco
el mejor día los saco.

W. Williams II

Refiriéndose al valor del pan dicen los diarios que los precios son carísimos que el peso vale dos reales.

Quejarse de precios tales
Es quejarse con descaro.
¡Valer un peso dos reales
Y parecerles aún caro!



Refiere un colega que llamó mucho la atención en los Pocitos un lobo que andaba por aquella playa. La verdad que la cosa no es para llamar la atención.

Porque á un lobo no es extraño
En una playa encontrar,
Cuando á tantos lobos vemos
En tantas playas andar.



Eduardo Flores ha renunciado á seguir formando parte de la Comisión del Partido Colorado. Algunos atribuyen la culpa de esa renuncia á la oposición que hacían á sus ideas los miembros exaltados de la Comisión y no falta quien critique tal proceder por tratarse de momentos en que tantas calamidades nos afligen y en verdad que:

Digno de censura ha sido
Dejar en tiempos de ruinas
Sin Flores á ese partido
Que sólo marcha entre espigas.

A. E.



APUNTES TRUNCOS PARA UNA BIOGRAFÍA

(Con constancia de ser un gran embustero el autor)

Casto como un sollozo de Cabral y bueno como un cordero huérfano, don Juan vino al mundo con una cabeza más grande que la de Aristóteles y con la verruga ya bastante aporotada. A los cinco años de edad, se veía bien hasta donde iba á llegar la luz de su talento. Palmeábase constantemente el estómago, diciendo: «Quiégo chorizo de chanco norteamericano ¡Quiégo!» Lo cual revela un talento maravilloso en un niño, dado el caso de que los cerdos de esa nacionalidad son, en efecto, los más sabrosos y apreciados del mundo. Supongo que, á pesar de sus rasgos geniales de gastronomía, sus gustos no fueron satisfechos en ese entonces, pues de otro modo no tendríamos ahora el placer de rabiar en su obsequio, ni tampoco *Monsieur* nos hubiera proporcionado el inefable encanto de contemplar su adorable rostro de japonés flechador. Don Juan se reservaba. Cuando empezó á estudiar las primeras letras, su rostro había adquirido ya esa expresión de paciente beatitud que todos le conocemos. Y era ciertamente una lumbrera: sabía el

bendito, añadiéndole este gran resorte chistoso que le llenaba de deleite: *pescado frito*. Conocía el nombre de muchos animales, como perro, gato, vaca y otros; en cuestiones de gramática era exímio; en cierta ocasión en que acertó á decir sin enredarse *catafalco* y *tremebundo*, hubo de perder la razón: tal era el orgullo que llenaba su organismo; el cual debía ser mucho, pues don Juan, tanto de pequeño como de crecido, ha necesitado siempre mucho para llenarse.

Al cumplir los diez y ocho años era doncel, y como todo doncel pagó tributo al romanticismo, máxime en aquella época de literatura *horrído-sentimentalista*. Dióle entonces por creerse anémico, fascinador y fatal; estaba ojeroso, trémulo y angustiado; llevábase frecuentemente la mano al corazón, y cuando hablaba su acento era desgarrador y misericordioso. «Pobre Juan, cuánto sufre él!» decía muy amenudo, compadeciéndose á sí mismo. Y en su desencanto y tribulación, en su amargura por las cosas de esta vida, ibase por los campos á vagar, atravesando los arroyuelos con botines y todo, contemplando con ojos tiernos los nidos de los pajarillos, mirando las colmenas, confundiendo entre los rebañes y recogiendo flores á puñados. Y cuando volvía, ya al caer la tarde, su rostro era un sol: su nariz era una remolacha enfurecida, sus orejas, que humeaban, parecían dos riñones recién arrancados de las entrañas del animal: de tal modo le habían picado y devorado el rostro las abejas.

¡Pero no le hace! En sus ojos había lágrimas, en su mano izquierda un montón de rosas, y en la derecha un puñado de lana. ¿Sufría? ¿Quién lo sabe! ¿Acaso no había sufrido más Flor de María, la de los *Misterios de París*? En la duda de saber qué sentimiento le animaba al regresar de aquellas excursiones pastoriles, debemos declarar que don Juan no quiso salir más por los campos. Dedicóse á la vida tranquila de los pueblos. Pero ya templada su alma con tantos dolores y tantas conmociones internas, su cerebro fué vigorizándose poco á poco hasta convertirse en un seso bastante instruido. La cartilla y la tabla, ¡no hay ni qué decir! las sabía en ayunas perfectamente, porque ha sido siempre una gran desgracia en don Juan eso de *desinstruirse* después de las comidas. Además firmaba bien; firmaba Juan con j, y hacía una firma muy *chic*, con tres puntitos matadores. Entonces fué cuando empezó á ejercer de procurador; usaba en aquella época *mosca* y *chuletas*, mas no pera ni bigote; llevaba anillos de plata en la mano y en la cadena del reloj dos muelas suyas de cuando era niño; y como aquel oficio le hacía trabajar mucho el cerebro, claro es que la cabeza le dolía con mucha frecuencia, y así es que se le veía por las calles y juzgados, con dos rebanadas de papa pegadas en las sienes, y á veces, para evitar un pasmo, llevaba una lana roja atada de la muñeca. Fumaba *negro*, calzaba botines *cantores* y, perpetuamente, llevaba un palito de dientes en la boca, el cual palito lo manejaba entre los labios con sin igual maestría, moviéndolo incesantemente, para arriba, para abajo, para los costados, de tal modo y de tal suerte, que cuando acababa su trabajo lo sacaba de entre los dientes convertido en gelatina.

Su carrera de procurador no le dió, sin embargo, resultados, y entonces fué que se dedicó á la política. ¡Y aquí entra la página de oro de su vida! Fué niño mimado de Latorre, niño más crecido de Santos, y don Julio lo hizo luego Presidente de la Comisión Directiva del Partido Colorado. Quién lo hizo después Presidente de este desierto, nadie, absolutamente nadie, ni aún el Conde de Dás con su *Plano Astral* y todo, llegará jamás á saberlo. Pero fué Presidente Una vez que tuvo la macana del mando entre las manos, no pensó en otra cosa que en ilustrarse; y el primer síntoma de esa decisión, fué lanzar al mundo entero su lema: *Administración y Trabajo*, que de puro inofensivo y bonachón me recuerda una oveja anciana. Hoy... ¡hoy es otra cosa! Ahora es versado en todas las ciencias humanas; es músico, poeta, pirotécnico é historiador; conoce á fondo las delicias del estómago y el secreto de las deudas insolventes; recita á maravilla *Flor de un día* y *Martin Fierro*, lo mismo que el *Ramayana*, y el *Zend-Avesta*. Sabe de todo, en suma, es *No permito!* en conclusión. Conoce casi todas las lenguas vivas y las muertas. El estudio de éstas se la inspiró su relación con Monseñor Soler, que sabe el latín á fondo; y don Juan no queriendo ser menos, propúsose estudiarlo. Primero leyó, después tradujo, Cojió el libro de latinidad de don Raymundo de Miguel, y comenzó á traducir. «Epaminondas, Polymni filius, Thebanus». Y don Juan tradujo: «El hijo de Epaminondas Polymni era un Tábano». Pero la cosa no le sonó bien, y aquello de *Tábano* parecióle incorrecto. Así es que tomó la pluma para comunicárselo á S. S. Ilma., empezando de este modo: *Amigorum mium*... Lo que le dijo después nadie puede imaginárselo, y hay quien supone que tal fué el asombro y el espanto que cogió S. S. Ilma., que á eso se debe su marcha á Europa. Tal vez iría á pedir á Su Santidad la ab-

solución de don Juan, por tan horripilantes barbarismos.

En francés es otra cosa; este idioma lo domina mejor. Ahora lo está aprendiendo á fin de saberlo bien para cuando vaya á Europa, lo cual se efectuará después de que salga de Presidente.

Quien le hace una competencia loca es *Monsieur*, y don Juan está muy celoso.

Los otros días *Monsieur* preguntó al acaso:

—¿Oú est Brian, Monsieur Jean?

Y don Juan le contestó bastante picado:

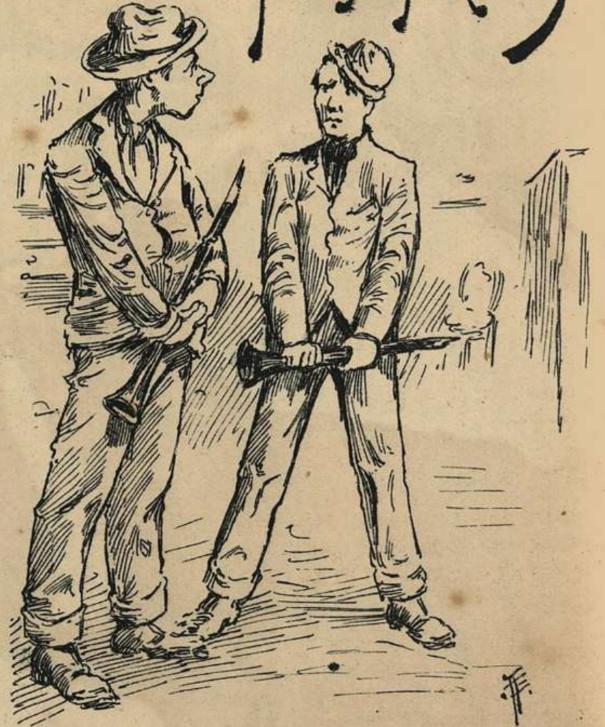
—U es ú, y no es Brian. No sea bárbaro.

Y *Monsieur* tuvo, á pesar de todo, su más pura sonrisa de condescendencia.

GONZAGA BOMPARD.

NOTA.—El autor ha averiguado bien que no hay en el Código pena para la mentira.

TEATROS



En esta semana ha habido en el Pabellón varios estrenos. En primer término, *El Padrino del nené*, sainete-lírico de Romea y Caballero, que tanto éxito ha obtenido en Madrid y en Buenos Aires (al decir de los prospectos.)

En mi decir (aunque poco valga), es el siguiente el efecto que me ha producido la obra: en general agrada; hay chistes y escenas graciosas, pero el conjunto de la pieza es un tanto vulgar; lo que está muy bien tratado es el *medio ambiente*. La música aunque es de Caballero, no es de lo que entusiasma: pasa, pero no cautiva ni sorprende mayormente.

Las zapatillas, *Las abejas* y *Pelusilla*, han sido las otras novedades; en todas ellas hay mucho bueno, aunque con ciertos lunarillos, que se perdonan en cambio de las bellezas que contienen, como esos rostros de mujer á los que esos *satélites* de pigmentum que siembran el nacarado cutis las suele hacer adorables.

Y no sigo, porque me ha caído en la cuartilla un lunar de tinta formidable, y por más que le de vueltas, es una mancha, y una mancha bien negra.

RE-BEMOL.

Menudencias

POR KIEL

¿El Ministerio renuncia?
Se había dicho que «sí,» pero ahora resulta que «no».

Quedaran, como siempre, en sus puestos.
¡Es tan agradable que le digan á uno S. E.! I luego eso de andar arrastrado (vulgo, en carruaje), tiene sus dulzuras.

Por lo pronto, las *manos inferiores* (como decía una señora, muy pulcra y sentimental), no están expuestas á heridas y contusiones de mal género. Y en cuanto á la *humanidad* en general, está en su puesto de ley aun en movimiento, esto es: en el asiento.

Y tanto es esto que un francés que piensa siempre en abstracto se ha dado cuenta de ello, diciéndome en su jerga franco-española:

—¿Ha visto los Ministros? Son soldados.

—¿Cómo? ¿Han sentado plaza?

—No... Son soldados.
 —No entiendo.
 —¡Cré... Digo que son soldados, soldados en el asiento. ¿Comprende?
 —¡Ah, ya, ya!...
 El francés estaba congestionado abstractamente.

—Invadió en el Manicomio una viruela espantosa.
 —¿Si? ¿Confluente, de alfombrilla, negra?....
 —No: viruela loca.

Baragnano de un lado y Pérez de otro... y los dos tiran furiosamente de la torta, ó sea la senaturía por Flores.

¡Vaya! Como la harina escasea se dirán ellos que «á falta de pan buenas son tortas.»

Yo no estoy conforme con el proverbio ó refrán; pero si los señores senadores *in delirium* no desmayan, tal vez el refrán sufra una transformación ó sortilegio.

Hela aquí:

Pues ahora que el pan es caro en la lucha ganarán, pues muy razonable es que resulte la torta un pán,

En estos dias han llegado de Europa los billetes de emisión menor del Banco de la República.

Como ustedes sabrán, el retrato de Nuestra Eminencia se ostenta al frente de los billetes de cincuenta centésimos, á lo que creo.

Y hablando de ésto me decía un exaltado furibundo:

—¡Vea usted lo que vale ese hombre! ¡Ni siquiera un peso!

—Pero se exhibe por cinco reales, y yo he visto á todos los reyes del mundo, papas y dioses, y hasta el *descuartizamiento* de Enrique IV por un real. Compare usted, y modere ese lenguaje.

Gastrónomo se revela
 En todo Lúcas Medina;
 inconsolable quedó
 al perder a su *costilla*.

A un sacerdote del Salto se presentó los otros días un sujeto que dijo tener que comunicarle un asunto gravísimo.

El sacerdote acudió prestamente para ver de que se trataba. La visita no se hizo de rogar y soltó de un solo chorro, pero agitado, tembloroso:

—¡Señor cura, óigame usted! Acabo de ver á un hombre, que debe ser de la iglesia, un cura tal vez, vestido de sombrero de felpa y levita... y con una flor en el hojal. Esto de la flor en el hojal es lo que más me ha indignado. Además tiene hijos.

—¿Qué? ¿Por qué dices esas cosas, esas indignidades; en qué te fundas para hablar de tal modo.

—Es que yo oí decir á uno que pasaba: «Ese es un curial». Por eso creo que ha de ser de la iglesia.

Es Segunda mi querida
 y no tuve otra, Ventura.
 —¡Mientes feo! ¿No me dices
 que es tu querida *Segunda*.

Cavallería rusticana puesta en prosa por El Departamento, colega del Durazno:

«Se le pide á cierto caballerito, maestro de música, y que por más señas toca el armónium, que si sigue hablando del que suscribe, como lo ha hecho ya varias veces, se verá en la necesidad de darle una buena corrección para que modere su modo de hablar.

«Queda advertido el señor... (a) Mochito, para que no extrañe que mañana ó pasado le den una frotación de unguento de Tala. —Pedro Spinelle.»

Se vuelve loca por Blás la terrible Genoveva.
 Cuando se case es seguro que pronto se vuelva cuerda.

Correspondencia Particular

Miriam—Montevideo—Una indicación: cuando escriba hágalo usted de un frente solo de las carillas, pues los tipógrafos son muy exigentes. ¡Como su arte es tan complicado!... Ellos son artistas.

Mauricio C.—Montevideo—Es usted el príncipe de los disparadores. No he entendido absolutamente nada.

Tric-Trac—Montevideo—Hay algo bueno, pero, aún así, algunos versos son cortos. Escriba otro.

Zambuyo—Montevideo—La inmortalidad del alma es cosa muy seria, y me parece que dos paisanos, por talentosos que sean, no pueden con semejante punto de la filosofía.

Matraca—Montevideo—Eso es una inmoralidad desastrada. Mire usted que el lío de Juanita con Ernesto es más verde que un monte de lechugas. ¡Matraca, inspírese en la honestidad!

Gazando á la espera

POR CILLA



1.—A caza del corazón, y la dote de Rosita, para eso se dispara con suspiros tiernísimos y cartas en verso, en que se diga muchas veces: «Aunque el pecho me taladre» y «muero de placer insano», etc., etc.



2.—En espera de unos míseros reales. Para esta caza se necesita mucha paciencia y muy poca aprensión.



NOVELA ROMÁNTICA POR MIRIAM

(Continuación)

Nita se paseaba agitada por su salita, donde había colocado la cuna de su hija, y trataba de alejar de su pensamiento el recuerdo de Daniel; pero en vano. Lo estaba esperando. Daniel había solicitado una entrevista, y Nita se la había acordado comprendiendo que debía tener con él una explicación definitiva.

Daniel entró pálido, enflaquecido, los ojos deslumbrantes de fiebre. Se detuvo cerca de la puerta y Nita tuvo que hacer un gesto señalando un sillón para que se atreviera á adelantarse.

—Nita,—dijo con voz trémula y baja—vengo á pedirte perdón. Sé que no lo merezco porque soy un miserable, pero también soy muy desgraciado. No puedo explicar lo que pasó por mí la otra noche; no sé lo que fué que me hizo revelar mi secreto. Sería tal vez porque te ví tan abatida, tan distinta de tí misma, sin valor, sin tu habitual energía; no pude resistir, viéndote llorar, al deseo de llevarte lejos sobre mi corazón, para consolarte, adorarte...

Un sollozo le cortó la palabra. Nita, pálida, inmóvil, ni siquiera lo había mirado.

Al cabo de un rato Daniel alzó la cabeza y tendiendo hacia Nita sus manos mojadas en lágrimas:

—Perdóname Nita,—murmuró—te aseguro que he sufrido y sufro lo bastante para que te compadezcas. Tú no sabes lo que es querer, querer con toda el alma, con todo el ser, adorar una mujer que es la encarnación del sueño de toda una vida, cifrar en ella su felicidad, hacer de ella la esperanza, vivir sólo por ella y para ella, llevarla siempre en el alma, en el pensamiento, en el corazón... y verla amar á otro, entregarse á otro... Oh! Nita, es un sufrimiento horrible. Tú no sabes. Estaba loco, loco de dolor, y cuando te echaste en mis brazos, me olvidé de todo y sólo me acordé de mi amor, de mi desesperación, y no pude resistir, te dije la verdad, que te adoraba...

Daniel se detuvo y miró á Nita que permanecía rígida y muda, con la vista fija en el suelo.

—Ya ves,—dijo—sigo ofendiéndote. No puedo. ¿Quieres perdonarme, Nita? Dime una sola palabra, que me perdonas, que me comprendes, que ves cuán desgraciado soy... Nita, Nita...

Nita permaneció silenciosa. Y Daniel desesperado:

—¿Qué haré, Dios mío, para que me perdones?—esclamó.

Entonces Nita, quebrada por el sufrimiento, dijo entre suplicante y adolorida:

—Vete, por Dios, vete.

Daniel en un arrebató se lanzó hácia ella; más era tan triste y angustiado el aspecto de Nita, de la pobre desengañada, tal expresión de dolor había impreso en su rostro, que Daniel cejó en su arranque y se detuvo.

Murmuró ella algunas frases incoherentes, revelando grande amargura y cansancio; y afianzando la voz repitió con cierta dureza:

—Vete, te suplico que te vayas.

Daniel la vió ceñuda y firme, resuelta á combatir; así que, inclinando la cabeza marchó lentamente, muy triste, muy abatido.

Mas si hubiera vuelto la cabeza antes de partir, habría visto á Nita ansiosa y febril, llamándole con la mirada, con el ademán, con todo su ser.

—«¡Ven, ven!»

VII

Nita abandonada á sus propias fuerzas no se desanimó. La pena, la desesperación la dominaron por completo; pero por poco tiempo: pronto se rehizo. Miró á su alrededor, se vió sola, sin amparo, casi sin recursos, pues Horacio estaba concluyendo de perder en el juego su modesta fortuna. Pero tenía su hijita, ese pedazo de su alma, en quien Nita concentró toda la ternura de su corazón. Comprendió que tenía que luchar por su hija, y luchar sola.

Trató de olvidar su desesperante situación su amargo desengaño, la repulsión que le inspiraba su marido, ídolo caído de su pedestal, pobre sér embrutecido por la bebida, cuya inteligencia embotada no percibía la razón y á cuyos sentimientos no podía apelar puesto que habían muerto.

Concentró toda su energía, toda su perseverancia en buscar un medio de subsistencia para ella, para su hija y para Horacio. Y esa pobre mujer resignada y fuerte, sobrellevando sin una queja los rudos embates de su destino, se alzó gigante por sobre las injusticias de la vida, y cargando sobre sus delicados hombros su pesada cruz, emprendió valerosa su camino.

Se olvidó de sí misma, trabajó, incansable, soportando todo: fatigas, desaires, humillaciones. No veía, no quería ver más que á su hija. Y cuando después de un día de fatigante labor volvía á su modesta casita extenuada, cansado el cerebro por el trabajo árido, monótono de la enseñanza á que se había dedicado, y tomaba á su nena en sus brazos, trataba de considerarse satisfecha al verla reír alegre y sanita.

Trabajaba sin cesar. Con la perseverancia incansable que era la nota característica de su naturaleza, fué ensanchando su círculo de acción, atrayéndose todas las simpatías y todas las admiraciones por su actitud digna y modesta, por su valor y su resignación.

Y alcanzó á poder vivir casi holgadamente con el producto de sus lecciones, y su hija crecía y se desarrollaba inteligente y robusta, y Nita hubiera podido ser relativamente feliz.

Pero... allá en el fondo de su alma sentía un desasosiego, una inquietud que no quería analizar. Recta y pura, huía de ciertos pensamientos que la asustaban; y cuando éstos la asediaban irresistibles apelaba al trabajo para aturdirse y olvidar. Porque Nita llevaba en el corazón una imagen que la avergonzaba y le hacía subir el rubor al rostro. Ella que siempre había querido, que siempre había hecho el bien, que ni una acción ni un pensamiento se haba permitido fuera de la línea recta, que había tratado de sofocar en su alma todo lo que no le pare-

cía puro, no había podido borrar esa imagen que la infundía miedo.

Y había momentos en que su corazón se sublevaba, ese pobre corazón que había soportado tantos golpes, tantos desengaños, y pedía á gritos su parte de felicidad; su derecho á la vida. Como una pobre flor que vegeta á la sombra y se inclina del lado de la luz, Nita sentía en todo su sér una inmensa aspiración, una necesidad irresistible de amar, de ser amada; su alma necesitaba aire y luz, el ambiente tibio de los cariños que le faltaban, la luz deslumbradora del amor.

¿Era posible que tan jóven hubiera concluido para ella toda felicidad? También era demasiado! Las tristezas y amarguras de la vida, el trabajo á que su mala suerte la obligaba, los aceptaba resignada; pero ya que Dios le daba tan pesada cruz, que siquiera le mandara las fuerzas para soportarlas; que le diera la esperanza cuya sonrisa alienta y consuela, celeste mentira, espejismo divino que otorgó Dios al hombre porque sabía que sin ella no podía vivir.

Su voluntad y energía no podían á veces contener la ola de indignada protesta que le subía del corazón á los labios. Se sublevaba toda contra los inmerecidos sufrimientos que la abrumaban, quería salir de esa vida de angustias, de sobresaltos, de trabajos y de dolor. Estaba cansada de vivir así, cansada de trabajar y de sufrir. Y su corazón que había estrujado sin piedad, pero que no había muerto, lanzaba su grito de rebelión y gritaba: Daniel. Daniel!

¡Sí, Daniel. Había querido engañarse á sí misma, pero ya no era posible. Lo amaba con delirio, con amargura, con horror de sí misma, como si fuera una mancha ese amor nacido entre lágrimas, que había crecido en el fondo de su alma, escondido y vergonzoso como un delito.

Y ahora se erguía potente y soberano, envolviéndola toda en su hábito abrazador. Y en sus noches de insomnio creía oír las ardientes palabras de Daniel: «Ven Nita, vente conmigo. Ven, seremos felices. Te rodearé de tanto amor que conseguiré hacerte olvidar todas tus desdichas. No me dejes. No me abandones...»

Ah! soñar, soñar siempre, oír su voz... ¿Y por qué no? Acaso es un delito ser feliz? Había sufrido tanto, amaba tanto, que Dios seguramente tendría piedad. ¿Qué había hecho ella para merecer ser privada de todo lo que embellece la vida, sino sufrir horriblemente al lado de Horacio, que había amargado su juventud y convertido en gotas de acibar sus mismas lágrimas? Su alma pedía á gritos un cariño, una afección en qué apoyarse, alguien que la amase, alguien á quien amar. Oh! ser amada, idolatrada por

Daniel, lejos del mundo, lejos de todo, los dos unidos, siempre...

La tentación se erguía formidable. La imagen de Daniel, apasionada y ardiente, perseguía irresistible á Nita; el amor que ardía en su pecho, su juventud, su aislamiento, todo se aunaba contra ella. Las violencias de Horacio, el cansancio, las dificultades pecuniarias, eran otros tantos complicados.

Nita luchaba desesperada. Rechazaba con horror esa idea tenaz que la asustaba y que lenta, pero segura, iba agigantándose y tomando posesión de todo su ser. Apelaba á su razón, á su sano juicio, para defender su honra amenazada, se avergonzaba de sí misma, se indignaba, pero todo era en vano. La imagen tentadora estaba ahí, siempre, con los brazos abiertos, llamándola.

Extenuada por la lucha, Nita vaciló. Su razón obscurecida por la pasión no la guiaba ya, pobre mujer dolorida y rendida, cuya alma delicada, lacerada por las rudezas de la vida, se aferraba desfallecida á esa última flor de amor, pálida y triste, que embalsamaba su pobre vida con su copitoso perfume.

VIII

Nita se sentía envilecida por su creciente pasión. Cuando miraba á su hija se ruborizaba intimidada, sintiéndose indigna de besarla y acariciarla. Sufría una tortura indecible, pero á pesar de los esfuerzos el amor la invadía toda, y no podía resistir el encanto de esa nueva ternura que la acariciaba, la arrullaba suavemente, esfumando las brutalidades de su existencia, alzándola fuera de la atmósfera de vicio y de hastío que la rodeaba, y llevándola en alas de la ilusión, lejos, muy lejos, donde podía gozar una felicidad pura y delicada como lo había soñado siempre.

Había agotado todos los medios de defensa: la razón, los principios, la energía, el horror al mal, la sensación de envilecimiento, todo se desvanecía ante la pasión, como se desvanecen las sombras ante la luz. Nita desarmada y desfallecida volvió los ojos al que todo lo puede, y le pidió fuerzas para resistir la tentación, valor para consumar el sacrificio que le exigía su honra.

—«Oh, Dios mío, ten piedad. No dejes que sucumba. No tengo más fuerzas, no puedo más. Ayúdame Dios mío, dame valor para vivir sin él. Aleja de mí la tentación, arranca de mi alma este amor que es mi vida. Ayúdame Dios mío, ten piedad.»

Oh! con que fervor pidió Nita socorro á Dios! Oro y lloró arrodillada al lado de la cuna de su hija horas enteras; desnudando su alma, exponiendo su profunda herida, pidiendo remedio á su mal.

(Continuará).

Establecimiento tipográfico y litográfico

LA RAZON

57—Calle Cerro—57

En este Establecimiento se ejecutan con rapidez y esmero todo género de trabajos de Tipografía y Litografía, como ser: facturas, tarjetas, rótulos, circulares, acciones, billetes de banco, letras de cambio, cheques, conformes, memorándums, planos, diplomas, músicas, etc.

Especialidad en trabajos de cromo

Periódicos, folletos, impresiones de lujo, fabricación de libros en blanco, encuadernación de todas clases, trabajos para el comercio y administraciones públicas.

SE VENDEN conocimientos en inglés, francés, portugués y español.

Se reciben órdenes de campaña para cualquier género de impresiones.

PRECIOS SIN COMPETENCIA